

LA TERTULIA.

Suplemento al Nacional, de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 15 DE JUNIO DE 1852.



Un periódico catalan.

La ilustrada, la culta Barcelona, la primera ciudad de España, aquella que suele mirar á las demas hasta con desden, que se cree digna de los mayores privilegios, la que se juzga mas adelantada que las otras, la ciudad donde existe una gran universidad literaria, y muchas imprentas, en fin, la ciudad por excelencia, publica un periódico que lleva el nombre de *El Barcelones*, como el mas propio para representarla en todo y por todo. ¿Y á qué viene esta noticia tan añeja? preguntarán la mayor parte, si no todos nuestros lectores, que tienen noticia de aquel periódico. Pero rogámosles tengan paciencia, y lean el artículo que trasladamos á nuestras columnas, tomado de este diario catalan, antes de hacer pregunta alguna, pues de ella encontrarán la respuesta en la lectura del referido artículo, que nos ha parecido digno de ser anotado, á fin de que no se escapen tantas bellezas como en muy pocas líneas encierra; bellezas que no habrán encontrado, ni será fácil encontrar, en un periódico de Cádiz, por que ellas solo pueden estar reservadas á los hijos de la gran capital del Principado.

Basta ya de preámbulos, que no es razon hacer sufrir por mas tiempo á nuestros suscritores, retardando la insercion de ese trozo de elocuencia, modelo, sobre todo, de la lengua castellana, no como la hablaron los Cervantes, los Hurtados de Mendoza, los Melos, los Moncadas y otros pobres hombres por el estilo, sino como la hablan actualmente los hijos de la ciudad predilecta.

Dice así :

«Sobre las dos de la madrugada (1) del «dia de ayer, un caballero que poseia una «monomania (2) que le impedia raciocinar directamente, (3) atentó contra su vida cogiendo una afilada navaja de afeitar, y dándose «una breve cuchillada (4) en el cuello se rompió de una manera horrorosa las vértebras; (5) «inmediatamente y con la misma arma se hizo una honda cruz en la arteria del brazo izquierdo, abalanzándose á la ventana para «que el desangre (6) fuese mas violento. Los «vecinos de la calle de Santo Domingo, lugar «de la desgracia, han acudido á la autoridad (7) para el permiso de blanquear el fronton.

(1) *Es decir, encima de las dos.*

(2) *Como si digéramos posee una finca ó un cortijo.*

(3) *No sabiamos que habia raciocinios directos é indirectos como los sistemas de elecciones; pero asi iremos aprendiendo.*

(4) *Esto de llamar breve á una cuchillada es cosa nueva, y por consiguiente es un adelanto en la lengua. Tambien es nuevo el dar una cuchillada con una navaja, en lugar de un navajazo.*

(5) *Romper los huesos con una navaja es como cortar una cabeza de una pedrada. Ademas, no seria tan breve la cuchillada cuando rompió de un modo horroroso las vértebras del cuello.*

(6) *Hé aqui el subjuntivo de un verbo convertido en nuevo sustantivo. Asi se enriquecen las lenguas.*

(7) *Por lo visto no hay mas que una autoridad en Barcelona, cuando no se espresa*

«aspicio de la casa del desgraciado. Constituyóse el tribunal como de costumbre en la «casa del desventurado, dictando la traslación «de su cuerpo semi-inanimado al Santo hospital, suministrándole los últimos sacramentos de nuestra religion. (8)»

Consultas ó juntas de médicos.

En Grecia se llevaban los enfermos á los templos y calles para recibir las inspiraciones de los dioses, y los consejos de los sacerdotes y pasajeros que iban á consultar; de modo que la medicina se ejercia á los cuatro vientos ó en los lugares públicos. Hoy dia en los países donde no hay médicos los enfermos consultan á los ancianos, y en particular á las viejas, á las personas que han tenido la felicidad de curarse una enfermedad grave, á los pastores, á los peritos en las enfermedades de las bestias y á las personas que por filantropia ó religion les prodigan remedios cuya naturaleza y efectos desgraciadamente desconocen.

ninguna en particular, y se usa del artículo determinado la.

(8) *Suministrar en lugar de administrar los sacramentos era cosa que nadie habia dicho hasta ahora, pero que alguno habia de empezar á decirlo; así como tampoco habiamos visto ni oído sacramentos de la religion; lo cual prueba que el articulista era en esta materia tan entendido como conocedor se muestra de la propiedad de nuestras voces.*

Cuando en una enfermedad grave se teme una terminacion funesta ó se prolonga mas allá de su creida duracion, el enfermo ó sus parientes espresan el deseo de citar á *junta* uno ó muchos médicos, mas ó menos conocidos ó célebres, esperando hallar nuevos y mas eficaces medios de curacion, y ver si la confianza que tenian en su facultativo será apoyada, ó destruida, ó censurada. Cuando el mismo médico cita á uno ó muchos de sus compañeros, tiene interés en probar que nada ha omitido de cuanto pudiera ser útil al enfermo; que están indicados los medios que propone; en una palabra, que conoce el carácter de la enfermedad y que la ha tratado segun las reglas del arte, pues que no teme exponer su conducta á la investigacion de los hombres ilustrados. Otras veces desca ademas de esto ayudarse con los consejos de un médico sabio y de experiencia, ó que ha hecho un estudio especial de la enfermedad de que se trata. En el primer caso le basta llamar á un médico de mas edad, mas conocido y rico que él, y cuyas opiniones tengan alguna analogia con las suyas, ó bien á uno de estos bonazos prácticos que no viendo en la sonsulta sino el oro ganado en pocos minutos, son siempre del parecer del que las cita, á fin de que se les llame con frecuencia á estas reuniones. En el segundo caso el médico de cabecera elige facultativo que fué hábil antes de ser célebre, y en el que precedieron la sa-

biduria y la esperiencia á la reputacion y la fortuna.

No entraremos en ningun detalle de las consultas en que el interés es el móvil de todos: ofrecen una afectacion de gravedad y filantropía, unidas á una jerga insignificante, la rutina, la indiferencia y una baja complacencia. Estas consultas son ménos ridiculas, pero mas odiosas que aquellas de que Moliere se burló con tanto gracejo, y que no existen en nuestros dias.

No sucede esto en una consulta pedida por el enfermo ó por sus parientes, que llenos de confianza en el médico de cabecera, quieren no abandonar nada para salvar al paciente ó disminuir sus sufrimientos; ó bien por un modesto facultativo que conoce cuán importantes luces puede adquirir de un práctico verdaderamente digno de este nombre, con demasiada frecuencia prodigado á los mas ignorantes empiricos. En una consulta donde se invocan los socorros del arte por un individuo postrado en el lecho del dolor, por la amistad, el amor maternal ó conyugal, ó la piedad filial, donde se trata de enmendar las faltas de la ignorancia, de la presuncion y la impericia, ó de dirigir el mérito modesto poco ejercitado, los médicos deben proceder con todo el cuidado y atencion á que están obligados imperiosamente por los principios de la moral y de la naturaleza de su arte.

Los médicos de la junta son mas

ó ménos numerosos. Cuando el enfermo ó sus parientes la piden, indican estos los profesores que quieren llamar, y el de cabecera no debe recusar ninguno bajo la pena de ser mirado justamente sospechoso de un temor que le deshonra; pero si entre ellos hay alguno cuya parcialidad, despotismo, mala fé, ó únicamente la disparidad de opinion le haga temer, puede exigir se les una un número igual de facultativos designados por él. En general deberian ser dos á lo mas, uno elegido por el paciente ó allegados, y otro por el de cabecera. A menudo éste los designa todos, y aun mas en el caso en que por si mismo reclama la consulta. Entónces, abandonándose á un cálculo indecoroso, nunca debe llamarlos en gran número para lograrse apoyos y protectores, como sucede con frecuencia. En cuanto á la eleccion, ya hemos hablado.

Por lo regular el de cabecera señala el dia, y los consultados particularmente: el de mas edad designa la hora de la cita, ménos en los casos urgentes que no admiten dilacion. Conviene en general que el de cabecera llegue el primero, á fin de que prevenga con su presencia las pérfidas insinuaciones que pudiera emplear un compañero sin delicadeza para quitarle la confianza del enfermo.

Estando reunidos los profesores, el de cabecera describe el cuadro de la enfermedad en el instante en

que fué llamado, las instrucciones que le dieron, los medicamentos de que se ha valido, la marcha de la enfermedad hasta entónces; y pintando en seguida el estado actual del enfermo, dá su opinion sobre la naturaleza, el sitio, la causa y el término probable de la enfermedad, con los medios que se propone poner en uso. Evitará en su relacion elegir espresiones, exagerar y querer captarse la benevolencia de los consultados con necios elogios; hablará sin énfasis de lo que ha hecho y cree necesario hacer; en una palabra, se explicará con sencillez, claridad y toda la brevedad que le sea posible. Si cree deber citar algunas autoridades en apoyo de su parecer, se guardará mucho de ostentar una superabundante erudicion.

Pasando en seguida con los otros al cuarto del enfermo, lo examinarán haciendo á él y á los asistentes las preguntas que juzguen necesarias para asegurarse *tanto como sea posible* de la exactitud de los hechos espuestos por el de cabecera; no por desconfianza, sino para reconocer que no ha omitido ni exagerado nada involuntariamente. Vueltos al cuarto vecino, el mas jóven de los consultados recapitulará rápidamente su relacion; dará parte de sus propias observaciones, y de lo que piensa sobre el diagnóstico, pronóstico y tratamiento de la enfermedad.

A su turno emitirán todos su opinion; y si coinciden, uno de ellos se encargará de redactar el compen-

dio de la consulta y receta si se ha dispuesto. Estos dos documentos se firmarán por el de cabecera y consultados, y el de mas edad consolará y animará al enfermo en nombre de todos sus compañeros. Cuando no reina esta union tan deseable, está el médico de cabecera en un punto crítico. Pesará en su *conciencia*, y es uno de los casos donde esta palabra tiene todo su valor, pesará el parecer opuesto al suyo, la habilidad y probidad médica del consultado que está en oposicion con él; discutirá con calma sin animarse del deseo de que prevalezca su opinion á espensas de la verdad. Pero desde que haga las concesiones que crea puede permitir, si piensa que su parecer es mejor que cualquier otro, lo pronunciará irrevocablemente. Si no logra obtener el consentimiento de sus compañeros, escribirá su opinion, la fundará sin hacer la crítica ó sátira de la de los otros, y despues de firmarla la entregará á los parientes, á los que asisten al enfermo, ó á este mismo si no es cosa que pueda alarmarle.

Cuando el caso es grave, y precisamente lo ha de ser para que haya tal divergencia de opiniones, no titubeará un solo instante entre el sacrificio de la confianza de un enfermo rico y lleno de dignidades, y el sentimiento del deber que le obliga á merecer esta confianza en el punto en que va quizá á perderla. Si la parte interesada no admite su opinion, se retirará satisfecho de ha-

ber cumplido con su deber; y si la pobreza le espera en sus hogares, hallará también allí la paz del alma, que consuela al hombre probo de los rigores de la fortuna.

La conducta del consultado debe ser la misma cuando ve que un parecer peligroso para el enfermo se propone y va á aceptarse: su situación es ménos penosa, porque no está colocado como el de cabecera entre el honor y el interés; pero es mas delicado porque debe corresponder á la confianza del enfermo sin lastimar la reputacion de su compañero. Pronuciándose positiva y separadamente, si es necesario, sobre la naturaleza de la enfermedad y lo que conviene hacer, evitará condenar abiertamente lo que se ha hecho.

Solo en los casos de peligro inminente debe obrarse con esta energia. Se puede alguna vez diferir momentáneamente al parecer de un compañero que asegura haber obtenido ventajas notables con tal ó cual medio, salvo el detener su administracion si sucediere lo contrario, ó si no produciendo ningun efecto impidiese emplear otros mas eficaces. Entónces se puede de nuevo reunir los consultados y añadirles otro, lo que también se hace cuando es mayor el peligro. Es necesario en general guardarse de una rigidez desmedida y de una baja complacencia, á fin de no faltar á lo que se debe á la humanidad y á uno mismo, y evitar debates escandalosos

que sirven de detrimento á la profesion, y que hacen creer á los tontos y burlones que la medicina es puramente conjetural.

Fábula.

LA VIEJA HEREDERA.

Tenia una buena vieja
en su compañía un nieto,
á quien desde pequeñito
amaba con gran estremo.
Cuando ménos lo esperaban
sucede que cierto deudo
murió, dejando á los dos
por únicos herederos,
para que entre ellos partiesen
las alhajas por entero.
Quedóse de nones un
san Miguel de marfil bello,
con un demonio á los piés
de oro macizo; y queriendo
repartir aquella alhaja
los albaceas, plañendo
dijo la vieja:—«Señores,
yo con lo peor me contento:
quedo conmigo el demonio,
y lleve el ángel mi nieto.»

*Así son todas, porque
no hay muger en estos tiempos
que no deje el ángel pobre,
y no elija el rico feo.*

Teatro del Balon.

Sabíamos el brillante éxito que en el coliseo Principal había alcanzado la linda y bien escrita comedia de nuestro amigo don Francisco Flores Arenas, titulada *Pagarse del esterior*, y el no ménos feliz que había logrado en uno de los teatros de Barcelona, pero faltaba conocer el efecto que una composicion tan culta y delicada produciria en cualquiera de los teatros populares de esta ciudad, cuyos concurrentes son en su mayoría personas del pueblo. Pues bien, en la última semana se ha representado dos veces esta preciosa comedia en el Balon, y no solamente ha sido muy aplaudida, sino llamado su autor con entusiasmo á la escena, donde recibió grandes muestras de las simpatías que disfruta en Cádiz entre todas las clases de la sociedad, que saben respetar y premiar sus talentos y laboriosidad. La ejecucion fué bastante regular, mejor de lo que era de esperar de actores que no se presentan con grandes pretensiones, y que antes bien manifiestan con su modestia el deseo de agradar, recibiendo con gusto cualquier consejo amistoso que se les dirija.

En varias ocasiones fueron aplaudidos, especialmente en la difícil escena del tresillo, que, como era de esperar, agradó extraordinariamente.

Reciba el autor nuestro mas sincero y cordial parabien por el brillante éxito que acaba de obtener en este coliseo una de sus mas bellas producciones dramáticas que, como todas las del señor Flores, ocupará un lugar distinguido en el teatro español.

TEATRO PRINCIPAL.

Lo hemos dicho mas de una vez, y volvemos á repetirlo aunque inútilmente, desde que un actor sale de su cuerda pierde extraordinariamente, y de bueno se convierte en mediano, cuando no en malo. Un nuevo ejemplo tenemos con lo que ha sucedido á la señora Fenoquio en *El castillo de San Alberto*. Salió de su género cómico, que es para lo que sirve; quiso hacer un papel dramático y á veces sentimental, é hizo *fiasco*, como dicen los cantantes: verdad es que tenía que sufrir la comparacion con la señora Baus, que tan perfectamente lo había ejecutado años atrás. Pero aun sin esta comparacion, seamos francos, no hubiera agradado; es algo monótona y le falta saber sentir, ó á lo menos si siente parece que lo fingo; mientras, por el contrario, en la señora Torral, aun cuando finja, finje tan bien que parece que siente. Así es que las escenas de mas grande efecto parecieron lánguidas. Y cuenta que de todos los actores que trabajaron en el drama, ella fué quien mejor lo hizo; esto prueba como lo harian los demas. El señor Revilla desempeñó con su acostumbrada frialdad el papel importante de Klaby: era lo bastante para que el éxito fuera el que alcanzó. Pero echemos sobre esto un velo, y digamos dos palabras de las otras funciones que se han ejecutado en la última semana.

Bruno el tejedor, *El amante prestado*, la zarzuela nueva *El Campamento*, y la pieza tambien nueva *Marija* han sido las ejecutadas en este tiempo, la mayor parte con muy mala suerte. *Bruno el tejedor* es una de aquellas malas comedias, vistas y revistas en Cádiz, y en las que solo una sobresaliente

ejecucion las haria tolerables, y por cierto que estuvo muy lejos de ser sobresaliente. El señor Rodés, que es muy apropiado para papeles de joven elegante y de buena sociedad, no sirve para el desempeño de esos cuyas maneras deben ser muy toscas: así en el de Bruno el tejedor no parecia un hombre ordinario que se pone de frac, sino un hombre fino que quiere hacerse ordinario. Su misma buena figura le perjudica para caracterizar esta clase de papeles. El señor Capo si que parecia propiamente un campesino: sus maneras, su voz, su fisonomía eran apropiadas al papel que ejecutaba. La señora Toral estuvo como siempre, bien. Así como el señor Fenoquio estuvo como siempre, mal. Es tal su inmovilidad en el cuerpo y monotonia en la voz, que mas bien parece un chico de escuela que relata una mal aprendida leccion, que un cómico que interpreta los pensamientos del poeta.

El amante prestado, pieza graciosa aunque ya muy vista en Cádiz, estuvo mejor ejecutada que el *Bruno*, sin embargo de que trabajan los mismos; pero es porque escogieron cada cual papeles adecuados á su disposicion. El señor Rodés parecia ya otro actor que el que acababa de trabajar en la comedia. La señora Toral, que es mas general, nos agradó en el papel de aldeana, así como el señor Capo, que hizo un verdadero campesino.

Para que una zarzuela guste se requiere no solo que la música sea sencilla y bonita, sino que el libreto esté lleno de chistes y de situaciones cómicas; de otro modo, como el mérito literario suele ser ninguno, el espectador se aburre y fastidia. Esto es precisamente lo que ha sucedido con la nueva zarzuela *El Campamento*, cuya música no es

mala, pero cuyo libreto, además de carecer de argumento, es una sucesion de escenas insulsas, sin dichos graciosos, siquiera sean groseros. Un gran chasco se llevó el público, pues como el libreto no era lo que se habia prometido de una composicion del señor Olona, autor de varias chistosas piezas, como *El primo y el relicario*, la primera y segunda parte de *El duende* y otras cuantas no ménos entretonidas. Pero esta vez no parec^o sino que se cansó de ser gracioso, ó que agotó sus jocosidades en la segunda parte de *El duende*, en don de sobran las que á *El Campamento* le faltan. El público á la conclusion mostró su disgusto de una manera nada dudosa, lo cual servirá para que no se vuelva á repetir la dichosa insulsa y soporífera zarzuela.

Las otras dos piezas *Sospechas vehementes* y *Maruja* fueron del agrado del público. La primera estuvo bien representada por el señor Lozano y el señor Rodés. La segunda por la señora Rodés, que hizo con propiedad el papel de una campesina que la quieren hacer señora contra su voluntad y, sobre todo, contra su educacion y naturaleza: tambien nos agradó el señor Capo y el señor Lozano, que sin duda alguna es el mejor de los actores de la compañía, pues hay gran inteligencia en el modo de decir, mas intencion y al mismo tiempo much^a naturalidad.

Particularidades de Polonia.

El nombre de Polonia viene de la palabra esclavana *Polu* ó *Pole*, que significa pais propio para la caza.

No obstante que las provincias situadas al norte son frias, y que los montes Krapaks que separan la Polonia de la Hungría están cubiertos de nieve aun en medio del estío, el clima en general es sano, y no tan variable en ninguna estacion como el de otras provincias tan septentrionales como ella; pero el aire es mas nocivo por las muchas lagunas del pais.

Es fértil en trigo, y los pastaderos, principalmente los de la Podolia, son tan buenos, que apenas se pueden descubrir los ganados en las praderías. Lo interior del pais está cubierto de selvas, de donde se saca tanta madera, que se emplea en los edificios con preferencia al ladrillo, á la piedra y á la teja.

Hay diversas especies de frutas y vegetales, y produce diferentes clases de tierras, de las que fabrican pipas y vasijas. Hay manantiales de donde se saca sal poniendo á hervir el agua, y en el palatinado de Cracovia una fuente, cuyas aguas se aumentan y disminuyen con la luna, y tienen la maravillosa virtud de alargar la vida, pues se asegura que los habitantes de los contornos viven de ordinario 100 años, y que algunos llegan hasta 150. La mencionada fuente es inflamable, pues si se echa en ella una hacha encendida se enciende el agua toda como si fuese el mas sutil espíritu de vino. La llamada vueltas por la superficie del agua sin llegar á calentarla; y si no se tiene cuidado de apagarla,

lo que es fácil suceda, penetra por conductos subterráneos á las raíces de los arboles de una selva cercana y las consume.

Algunas de las producciones vegetales de la Polonia la son peculiares, señaladamente una especie de maná (si es que se le puede llamar vegetal) que los habitantes recogen en los meses de mayo y junio, y del que usan como alimento, aderezándolo de diferentes modos.

Los polacos tienen buenas facciones, y son de color moreno, bien dispuestos é inclinados á la hospitalidad: las mugeres son graciosas, modestas y sumisas. Los polacos para saludar inclinan la cabeza, se dan un golpe en el pecho con una mano, y estienden la otra hácia el suelo.

Sus diversiones son varoniles y marciales: voltean, bailan, corren patines, y se ejercitan en carreras á caballo, en la caza y en hacer combatir al toro y al oso.



CADIZ: 1852.

Imprenta á cargo de don Manuel Sanchez del Arco, calle del Calvario, n.º 126.